



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Belgica.	16 francos id.
En las republicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripcion alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—JAPON SEPTENTRIONAL: Audiencia concedida al Ilmo. Osouf por S. M. el Mikado, pág. 491.—CHINA: Admirables conversiones, 402.—Misiones africanas; Conferencia por el P. Boutry, 405.—AFRICA OCCIDENTAL: Viaje en el Yoruba, 407.—CRÓNICA: Francia, Noruega, Birmania, Congo, Dahomey, Antillas, Estados-Unidos, Patagonia, Australia, Oceanía, Noticias varias, 411.—Detalles importantísimos sobre la celebracion del tercer Concilio pleno de Baltimore,

416.—Un misionero del Sudan, 419.—NECROLOGÍA, 420.—MISCELÁNEA, 420.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 26 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Alto bajo los verdes árboles en el Yoruba, 404.—Mapa para seguir el viaje de los PP. Chausse y Holley, en el Yoruba, 405.—Incendio en Oyo (Yoruba), 408.—El bufon del rey de Isehin, 409.—Ilmo. Bigandet, vicario apostólico de la Birmania, 413.—Ilmo. Petitjean en su lecho de muerte, 416.—Ilmo. Laucaigne, difunto obispo auxiliar del Japon, 417.

LEYENDA MILANESA.

Tu sei bella, ò Lisa;
Bella de vero.

Hace siglos que en Milan vivía una familia honrada, pero pobre, compuesta de marido, mujer y una hija.

Nada más dulce que aquella niña, pura y bella como los ángeles.

Sus padres, devotos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la llamaron Verónica, y la niña se envanecía tanto de llevar este nombre, que todos los días, quitándose del sueño, meditaba la santísima Pasión de nuestro Divino Redentor.

¡Qué hermosa eres, Verónica, la decían los mozos milaneses al encontrarla por las calles! Pero ella no les hacía caso y proseguía su camino, y cuando sus ocupaciones se lo permitían, se dirigía á la iglesia del convento de Santa Marta, y después de haber oído la primera Misa, comulgaba con las religiosas Agustinas que allí se albergaban. Las buenas monjas la llamaban: *La niña con cara de ángel*.

Verónica envuelta en su pobre mantilla de algodón blanco, se quedaba arrobada después de recibir la sagrada eucaristía, y sólo se la oía esta oración:

—¡Dios mío! ¿qué día será aquel en el cual me tomaréis por esposa?

Después la joven se levantaba é iba á su tarea cotidiana, pues trabajaba todo el día para ganar su sustento y auxiliar á sus padres.

En la tarde de un día festivo se acercó al locutorio del convento de Santa Marta, y preguntó por la Madre Abadesa. Llena de temor, aguardó junto á la reja.

La buena religiosa salió, y al encontrar la joven á quien conocía de vista, se alegró y dijo:

—¿Eres tú, hija mía? y bien ¿qué quieres?

La joven bajó la cabeza, y sus mejillas se volvieron de color de grana.

—Quisiera ser religiosa de este convento, contestó Verónica con voz cortada, y añadió con acento de tristeza, llenándose sus ojos de lágrimas: Soy pobre, Madre Abadesa, y tal vez esto lo impedirá.

—Pareces una buena muchacha, observó la Prelada, y tal vez las circunstancias suplirían la dote. ¿Sabes leer?

—¡Ay, no! contestó la joven. La pobreza de mis padres no les ha permitido darme maestro: y por otra parte, todo el día y porción de la noche debo emplearlo en el trabajo sin tener tiempo para estudiar.

—Pues aprende á leer, hija mía, dijo la Abadesa, y después vuelve con tus padres. ¡Mucho será que no podamos admitirte!

—¿Cómo lo haré, interrogó la pobre joven, si no tengo dinero para pagar al maestro?

—Encomiéndate á la Santísima Virgen, contestó la Abadesa, y desapareció dejando á la niña llena de temores y esperanzas.

Cuando una joven se enamora de un joven, raro es que se distraiga de su pasión.

La ingratitud del galán; una conducta mala; una lengua viperina que se ponga entre los dos y enrede la cosa; una expresión que no choca; un arranque de carácter, y unos celos, á veces infundados, dan al traste con todos los proyectos de amor para lo sucesivo. Pero cuando la joven está prendada de Dios, cuando su amante es Jesucristo, nadie la distrae, porque allí no hay ingratitud, mala conducta, malas lenguas ni celos. El Hijo de Dios, que es la pureza increada y el origen de toda ella, no admite sospecha; y como es todo amor y nos ama igualmente á todos, no hay motivo de celos.

Nadie es capaz de distraer á la verdadera enamorada de Jesucristo.

Verónica emprendió por sí misma el estudio pidiendo prestado un libro, y en las tardes de los días festivos una persona caritativa le daba lecciones.

Sus progresos eran, no obstante, lentos, y la pobre joven se desalentaba. A pesar de ello, continuaba asistiendo todos los días que podía á la Misa en el convento de Santa Marta, hasta un

día en que la pobre muchacha lloraba sin consuelo, se le apareció la Santísima Virgen María, y le dijo:

—Querida hija, no te desalientes porque no puedas aprender á leer.

Sólo tres cosas te bastan: primera, la meditación diaria de la pasión de nuestro Señor Jesucristo; segunda, no murmurar de persona alguna y excusar todo lo que puedas los defectos de nuestros prójimos, encomendándolos á Dios en vida y muerte; y tercera, dejarlo todo á la mano de Dios conformándose siempre con su santa voluntad.

La pobre niña quedó grandemente consolada con la visita de la Virgen María, y emprendió de nuevo con más ahínco su estudio. Un día que fué á Santa Marta á visitar á la Abadesa, ésta la dijo que procurara tenerlo todo dispuesto para entrar en el convento tres días después.

El día siguiente, Verónica se dirigía alegre y cantando fuera de Milan con un cuévano de ropa para lavarla en la corriente del río.

Era muy de mañana y apenas clareaba. La joven se arrodilló junto á una piedra, y empezó su tarea. Contenta como estaba trabajaba con gusto, y en poco rato tuvo la ropa limpia.

Como vió que había concluido su tarea pronto, y en las orillas del agua crecían unos rosales llenos de frescas flores, la niña quiso coger algunas y hacer un ramo de ellas para llevarlas á Santa Marta y adornar el altar de la Virgen María.

En poco rato arregló un grande ramo de rosas de su propio color, blancas, pajizas y amarillas.

Verónica las contemplaba admirada y ella misma se maravillaba de su obra, cuando sin saber de dónde salió, se le apareció un apuesto caballero vestido de negro con cadena de oro al cuello y vistiendo una capa de grana.

La joven le miró asombrada.

Él clavó en ella sus ojos negros, su mirada fosforescente, y dijo:

—¡Qué lástima de rosas, niña, si tus mejillas son más bellas y más frescas que las rosas mismas de este ramo! ¡Dichoso quien sea dueño de tanta hermosura!

Verónica se quedó turbada; pero mirando despacio al señor que así le hablaba, vió su rostro, si bien hermoso, cubierto de una palidez cadavérica y dotado de una expresión que daba horror.

Eres hermosa, Verónica, prosiguió el caballero, y podrias sin esfuerzo alguno ceñir la diadema ducal de Milan.

Verónica con esta expresión conoció la persona que la requabraba, y acercándose al agua, miró reflejada en ella su propio rostro como en un claro espejo; y en efecto, se vió tan hermosa que ella misma se admiraba, y juntando las manos con júbilo, exclamó:

—Cuán bella soy. ¡Oh Dios mío! ¡Y qué contenta estoy con serlo!

A Vos, Creador de todo lo bello, pues sois la misma belleza; á Vos consagro con gusto esta hermosura mundanal que me habeis dado y que en la tierra tal vez serviría de tropiezo á la virtud. Guardada en el claustro será para Vos tan sólo; porque nadie más que Vos la verá.

Entonces el diablo, que no era otro el que se le apareció, dijo:

—Venciste, Verónica; pues la vanidad, que pierde á la mayor parte de las mujeres, en ti no ha podido nada: y dando un grito espantoso desapareció, dejando á la joven admirada y dando gracias á Dios.

Verónica llevó su ramo á Santa Marta, y adornó con él el altar de la Virgen María. Tres días después se cerraban tras ella para siempre las puertas del monasterio.

Modelo de santidad, admiración de su siglo, venerada de toda la Italia y del mundo entero, fué esta sencilla y candorosa virgen, uno de los ornamentos que más honraron á la Orden Agustiniiana.

El orbe católico la venera en sus altares con el nombre de santa Verónica de Milan, y su afortunada patria cuenta de ella la leyenda del requiebro del diablo.

Francisco de Paula Capella.

EL DESGRACIADO FELIZ Y EL FELIZ

DESGRACIADO.

¡Desgraciado!

Así exclama el mundo al verle cubierto de sudor y ganando con sus propias manos el pan de su mujer y sus hijos.

No tiene casa propia.

Su ajuar, pobre y miserable, ha quedado muy reducido después del último invierno.

De su cotidiano trabajo pende que su familia tenga ó no que llevar á la boca.

Encorvado bajo el peso de su industria, pasa los días.

Ninguna interrupción para una vida tal.

Siempre en aumento el sufrimiento, siempre en progresión creciente el trabajo.

Este es el hombre á quien el mundo llama desgraciado, miserable, etc.

Y sin embargo, aquel hombre es feliz.

Su conciencia tranquila, no le atormenta ni quita el sueño, dejándole percibir en medio de la noche de este mundo el faro luminoso de la verdad.

Rendido su cuerpo por el trabajo, llega de noche á su casa, viéndose al punto rodeado de una mujer y de unos hijos á quienes ama y de quienes es correspondido.

Él encuentra en el seno del hogar la alegría, el lenitivo á sus trabajos.

Su ajuar es pobre, ya lo hemos dicho; pero pendiente de un clavo se ve un crucifijo..... en esta casa hay fe.

Ese es el secreto de su felicidad. La fe hace ver en este mundo solamente un tránsito para otra vida.

Llegará la hora última, y este padre que no puede dejar á su mujer riquezas, le dejará hijos honrados, que la cuiden y la consuelen.

Llegará el último momento, y como hombre que tiene conciencia de haber cumplido con su deber, espirará tranquilo, rodeado de sus hijos, á quienes en el ejemplo de su vida deja la más grande de las fortunas.

Este es el hombre feliz, á quien necio el mundo llama desgraciado.

* *

¿Le veis? Montado en lujosa carretela va luciendo su vanidad por doquier.

¡Tiene millones! es la frase del vulgo al verle pasar.

¡Es feliz! ¡es dichoso! dice en su superficial juicio el mundo.

La tertulia, el café, el teatro, el casino..... hé aquí el círculo de acción de este sér envidiado.

Ese sér, empero, es desgraciado; en su pecho arden las pasiones que le atormentan, sin poderlas saciar; su corazón está seco y su alma no es más que un resorte encargado de poner en movimiento sus órganos.

Él no ama ni es amado, y sin embargo vive en compañía de una mujer, á quien dió su nombre ante el altar.

Era rica y era rico y..... se casaron.

Sus hijos toman el ejemplo que con su vida les da, y sus capitales, aunque grandes, van mermando.

Un día, la idea del lucro le lleva al juego y pierde.

La idea de rescatar lo perdido le arrastra otra vez al garito... pero vuelve á perder.

Su fortuna va desapareciendo cada noche de juego, su cuerpo se va enervando con las enfermedades que sus vicios han provocado y su alma se siente agostada.

El hastío, el cansancio, el horror á la pobreza..... todo, todo se junta y le atormenta furiosamente.

Es un hombre que muere en vida.

Un día se encierra en su habitación y escribe unas cartas.

Luego prepara un revólver y se sienta. Echa una mirada

á un montón de dinero, porque es su dios, porque no tiene otra fe.

Una detonación pone la casa en movimiento, y el cuadro más aterrador se presenta á la vista de su mujer y de sus hijos, que acuden en tropel.

Sobre una butaca está un hombre ensangrentado, que en el estertor de la agonía aprieta en una mano un revólver y en la otra algunas monedas de.....

Ha muerto, se ha suicidado, dejando á su familia sumida en la miseria.

Y á este hombre desgraciado, llama el mundo feliz.

AMADOR MONTENEGRO.

UNA LIMOSNA NEGADA AL POBRE.

RELACION.

El conde Guillermo de..., al que nada faltaba sino la tranquilidad del espíritu, se preparaba á dar un magnífico baile en una noche de invierno. Hacia un frío excesivo, un viento glacial remolinaba la nieve, que pulverizada, digámoslo así, descargaba con impetu contra los cristales de las ventanas del castillo iluminado cual si fuese de día. A la hora indicada de las diez, todos los invitados se presentaban á la vez. Sólo faltaba una dama que Guillermo aguardaba con impaciencia. Estando á la puerta esperando su llegada, se presenta una pobre mujer con un niño llorando en brazos. A vista de ellos llama un criado y le dice:—Echad fuera á la calle á esa pobre.—¡Ah! señor, contesta suspirando aquella infeliz, ¡hace tanto frío y tengo tanta hambre!—La limosna se ha repartido esta mañana, dice aquel, andad, pues, á vuestro camino.—¡Ah! muévase á piedad y déme para comprar al menos un pedazo de pan y una poca leña, y tenga en cuenta que mi criaturita está para morir de desmayo. En esto entró en el patio la carretela de la señora, que se esperaba, y la mendiga tuvo que alejarse.

Pasadas algunas horas, Guillermo quiere acompañar á su caruaje á una princesa que había honrado con su presencia la fiesta del baile, y caminando para abrir, tropezó con un objeto que estaba entre la nieve, faltándole poco para caer. Indignado, riñe con severidad á los criados, los que acercándose al objeto que había ocasionado el tropiezo y que estaba entre la nieve congelado, reconocieron á la mujer mendigante y á su hijo. La noticia de este hecho desordenó la fiesta; la orquesta calló, y todos los invitados que habían acudido partieron con el corazón angustiado y conmovido. Guillermo, quedando solo, descendió al patio para ver la difunta que había sido trasladada al atrio del palacio. Algunas mujeres procuraron inútilmente volverla á la vida con sopí-caldo y abrigos, pues todo era tarde. La violencia de la lucha con la muerte había sido tan grande, que aquellas mujeres consiguieron con inmensa dificultad separar del pecho de aquella desgraciada madre aquel niño tan desventurado. Guillermo permaneció en pie delante del cadáver más de una hora. Después se retiró, y con impetu de furor arrancó con sus propias manos varias coronas de flores que de trecho en trecho adornaban las paredes del salón, y pisoteándolas corre precipitadamente á esconderse en su gabinete. Nadie obtiene licencia de seguirle, y al dar tal orden se propone y consigue quedar solo. En estas horas solitarias maduró él en su alma una grandiosa idea, y arrodillándose ante el retrato de su madre, hizo un voto solemne. Por obra suya comenzó seguidamente la construcción de un hospital en la ciudad, y cuando estuvo concluido, Guillermo consagró su vida al servicio de los pobres enfermos, y después de cinco años murió en olor de santidad, habiendo dejado sus bienes á los pobres, por medio de testamento en forma. Los estatutos de aquel lugar piadoso, del que el país es deudor á Guillermo, los compuso éste, y entre sus disposiciones se encuentran las siguientes: «Desde el día de Todos Santos hasta la fiesta de San Marcos, que es el 25 de abril, se

encontrará en el Hospicio del Voto dos salas grandes bien calentadas, accesibles de día y de noche á todos los pobres. Por la mañana y por la tarde á las siete, se les servirá una sopa: las Hermanas de la Misericordia cuidarán de las madres y de sus pequeñitos. Además, en la solemnidad de la Natividad del Señor se distribuirán anualmente á los pobres de la ciudad mantas de lana. » ¡Ojalá, pues, que todos aquellos que sientan remordimiento por falta de lesa caridad, procuren el perdón de sus culpas con otra tanta generosidad!

UNA LEYENDA RUMELIOTA.

Ahora que tanto se habla de Rumelia y sus costumbres, no carece de oportunidad la siguiente leyenda de aquel país, que publica un periódico francés:

En tiempos de Voivod Neagoe, nueve maestros constructores acudieron al país búlgaro para edificar en él una ciudadela. Dirigialos Manol de Curtea.

Pusieron á excavar la tierra y á levantar el muro, pero un sortilegio luchaba contra ellos, y cada noche derrumbábase en los fosos lo edificado durante el día.

Entonces Manol dijo:

—¿Sabeis, compañeros, qué sueño he tenido? he oído distintamente una voz del cielo que me ha dicho se derrumbarán todos nuestros trabajos hasta que juremos emparedar entre la obra á la primera mujer, esposa ó hermana, que se presente á traer la comida á cualquiera de nosotros.

Todos juraron.

Y Manol subió á lo alto del andamiaje y vió desde allí á su joven esposa, la Flora de los Campos.

Venia trayéndole pan para comer y vino para calmar la sed.

Entonces los nueve maestros se estremecieron de gozo.

Manol cogió á su mujer en brazos, subió al muro, la colocó allí, y la dijo:

—No te muevas, mi fiel amiga, quédate ahí sin temor, porque en broma queremos fingir que te emparedamos.

Flora le creyó sin dificultad, con la sonrisa en los labios. Manol suspiró y comenzó á construir el muro.

Sube la muralla y aprisiona á la esposa primero por los tobillos, luego por las rodillas.

Y ya Flora no rie; antes llena de terror exclama:

—¡Manol! ¡Oh, Manol! Basta ya de bromas. El muro se contrae y destroza mi cuerpo.

Manol calla, y prosigue febrilmente su obra.

Y el muro sube y aprisiona el seno de Flora, y su cuello, y sus labios, y sus ojos, y su frente. Y ya casi no se oyen sus gemidos; pero aún con voz ahogada dice la infeliz:

—¡Manol! Oh, ¡Manol! Acuérdate del hijo que llevo en mis entrañas, el muro frío me oprime, se apaga mi vida...

Esta leyenda responde á una tradición local. Los rumeliotas pretenden que toda casa de piedra encierra emparedada un alma. Todos los monumentos del país tienen su víctima. Y aun en nuestros días los albañiles toman con una caña la medida de la sombra de un transeúnte y colocan la caña entre las piedras de la obra, como simulacro de quedar allí emparedada el alma del edificio, que asegura, á lo que ellos creen, la solidez de éste.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS LATINAS PARA SEMINARIOS.

Summa Philosophica in usum scholarum, auctore P. F. Thoma-Maria Zigliara, ordinis Praedicatorum. —3 volúmenes en 8.º, 12 ptas. en rústica, y 14 encuadernados en pasta.

De triplice ordine naturali, supernaturali, commentarius. Secunda editio ab auctore emendata.—Sequitur, *De habitu inter rationem et fidem*, opus hostium et ineditum.—Auctore Clem. Schrader, S. J.—Un tomo en 8.º, 7 ptas.

Sancti Thomæ Aquinatis, Doctoris Angelici, O. P. De veritate catholice fidei contra gentiles, seu Summa philosophica.—En 8.º, 7 ptas.

Casus conscientie his praesertim temporibus accommodati, propositi ac resoluti cura et studio P. V. moralis theologiae professoris. Pars prima. Pars secunda. Cum Potestatis Ecclesiasticae licentia. A 5 ptas. el tomo.

Schoupe, S. T.—Adjumenta oratoris sacri, seu divisiones, sententiae et documenta de iis Christianae vitae veritatibus et officiis, quae frequentius e sacro pulpito proponenda sunt.—En 8.º, 7.ª edicion, 6 ptas.

Compendium perfectionis sacerdotalis, seu via brevis ac facilis ad illam spiritus ecclesiastici plenitudinem consequendam, qua sacrum sacerdotis onus digne sustineatur; cui accessit examen status, seu speculum vitae sacerdotibus utilissima.—En 18.º, 3.ª edicion, 2 ptas.

Evangelia de Communi Sanctorum explicationibus ad mentem Sanctorum Patrum aliorumque interpretum dilucidata, ut non minus populi instructioni quam sacerdotum devotioni serviant; adjunctis nonnullis ex Evangeliiis ferialibus Quadragesimae.—Un tomo en 8.º, 6 ptas.

Explanatio Psalmorum, qui juxta Breviarium Romanum in officiis communibus recitantur ad mentem optimorum interpretum adornata.—Un tomo en 8.º, 6 ptas.

Praxis recollectionis menstruae et meditationes et lectiones piae sacerdotibus ad instituendam recollectionem menstruam utiles.—Un tomo en 8.º, 2 ptas.

Prolegomena in S. Scripturam.—Un tomo en 8.º, 2 ptas.

Manna quotidianum sacerdotum sive preces ante et post Missae celebrationem cum brevibus meditationum punctis pro singulis anni diebus. Preces edidit, meditationum puncta composuit, appendicem adjecit *Jacobus Schmitt*, ss. theol. doct. et in sem. archiep. Frib. ad s. Petrum subregens.—Hoc opus 3 tomis absolvitur: *Tomus I.*—Ab adventu usque ad Dominicam I Quadragesimae.—*Tomus II.*—A Dom. I Quadrag. usque ad Dom. VIII post Pentecosten.—*Tomus III.*—A Dom. VIII post Pentecosten usque ad Dom. I Adventus.—Estos tres tomos en rústica, 11 ptas.

SEGUN EL PEDIDO SE HARÁ REBAJA DE LOS PRECIOS MENCIONADOS EN EL PRESENTE ANUNCIO.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion, de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid